



La costumbre de prologar un texto no deja de ser un tanto absurda. ¿Qué necesidad hay de hacerlo? Es como si, antes de una película, el director tuviera que presentarse frente al público para prepararlo sobre lo que verá a continuación (Juan Orol lo hacía); o, peor aún, como si, para ver el filme, antes tuviéramos que fletarnos el análisis que algún crítico teje sobre los personajes, las imágenes, el uso de la música, etcétera.

La idea básica de un prólogo es que toda obra necesita ser presentada al lector. A veces es un mero asunto de protocolo: como cuando se requiere que alguien haga las presentaciones para que dos personas se pongan a platicar. Más frecuentemente, el prólogo tiene ambiciones didácticas, considerando indispensable una explicación (que puede ir desde una página, en el caso de alguna novela mexicana contemporánea, hasta doscientas, si se trata de la *Poética* de Aristóteles o *El capital* de Marx) para que el libro pueda ser comprendido a cabalidad. El prólogo inevitablemente dirige nuestra lectura de la obra: ya sea que nos conduzca por el camino de interpretación que el prologuista postula o que nos haga rechazar sus ideas al confrontarlas con la obra, el texto introductorio impide que el libro hable por sí mismo y proponga una lectura imprevista (imprevista, al menos, para el autor del prólogo). Sería preferible que, en todo caso, los editores colocaran el análisis al final del libro: así, al menos, el lector podría comparar sus propias impresiones con las del especialista que firma el prólogo (convertido en *postlogo*, o apostilla).

¿Quién debe escribir el prólogo? En siglos pasados era común que lo firmara el propio autor del libro, quien lo utilizaba para agradecer a su mecenas, dedicar la obra al Rey, exponer las penurias que había pasado para escribirlo y apelar, chantajista, a la indulgencia del lector. Hoy en día los autores, en un gesto de aparente modestia, prefieren dejarle a otro las palabras preliminares de su libro, costumbre que ha permitido multiplicar las fuentes de trabajo, abriéndole espacio de publicación a sus amigos, colegas y críticos de cabecera. En estos prólogos abundan las citas y las notas a pie de página, muchas de las cuales refieren al lector a obras más extensas del prologuista o a otros prólogos de su autoría. Hay dos formas comunes de autocitarse: una, cínica, utiliza la primera persona (“Consúltese mi ensayo al respecto incluido en...”); otra, dizque disimulada, consiste en que el prologuista hable de sí mismo en tercera persona (“González Mello ha subrayado la importancia de la autocita en su exhaustivo ensayo intitulado...”), quién sabe si por pudor o por simple egolatría.

Espacios y caracteres Prólogo a un libro que aún no ha sido escrito

FLAVIO GONZÁLEZ MELLO

Aunque los orígenes del prólogo se encuentran en el teatro (Aristóteles, en la *Poética*, lo define como la parte de la tragedia que antecede a la entrada del coro), ya prácticamente ningún dramaturgo utiliza este recurso. Los isabelinos, en cambio, echaban mano de él constantemente, convirtiéndolo incluso en un personaje, como en el *Enrique V* de Shakespeare, que inicia con la acotación “Entra Prólogo”, y, en efecto, Prólogo entra y empieza a recitar el famoso parlamento en que le suplica al público que, con su imaginación, ayude a que los cómicos transformen ese gallinero (el teatro) en los vastos campos de batalla de Francia. La completa ausencia del prólogo en el teatro contemporáneo tal vez se explique, en parte, por el hecho de que ahora las obras mismas son concebidas como si fueran un mero prólogo a la acción, que nunca llega.

Aunque el destino de un prólogo cualquiera es (para continuar con el lenguaje teatral) el de mero comparsa del texto principal, hay unos cuantos que logran colarse al Salón de la Fama, generalmente por haber sido escritos por alguna celebridad. Esto les concede el privilegio de ser reeditados por separado de las obras para las que originalmente fueron escritos, lo cual plantea un problema peculiar: ¿se debe encargar un prólogo para los *Prólogos completos* de un escritor? El National Theatre de Inglaterra editó una pequeña colección de libritos de un famoso tratadista, que no eran sino los prólogos

que éste había escrito para viejas ediciones, ya agotadas, de las treinta y siete obras de Shakespeare. ¿Qué hacer, en este caso? ¿Prologar cada libro —es decir, cada prólogo? ¿O editar un trigésimo octavo volumen, con el prólogo general de la colección (el cual, como todo libro que se respete, requeriría a su vez de un prólogo del prólogo a los prólogos)?

El problema de los prefacios que, como cajas chinas, se multiplican hasta el infinito nos remite a uno de los prologuistas más famosos de la historia: Jorge Luis Borges. Tanto sus prólogos a textos reales como los que comentan libros imaginarios constituyen una parte fundamental de su producción literaria. La totalidad de su obra, de hecho, podría ser vista como un gran prólogo a la literatura en general; aunque la literatura en general también podría ser vista, a su vez, como un gran prólogo a la obra de Jorge Luis Borges.

Una derivación de los juegos borgeanos es el prefacio del libro *Vacío perfecto* de Stanislaw Lem, un escritor de ciencia ficción que merece ser revalorado. El volumen, conformado por puras reseñas de libros inexistentes, abre con un texto que no es sino la reseña del propio libro, escrita por un hipotético crítico literario que, con pedantería de especialista, despedaza el volumen que el lector está a punto de leer (acusándolo, entre otras cosas, de ser un refruto de Borges). Consecuente con este juego de espejos, el prólogo termina diciendo que “el único ardid que le queda todavía a Lem sería un contraataque: afirmar que no fui yo, el crítico, sino él mismo, el autor, quien escribió la presente reseña, e incluirla, como un texto más, en *Vacío perfecto*”. Otro heredero de Borges, Italo Calvino, abre su novela *Si una noche de invierno un viajero* con un texto que, aunque no recibe el nombre de “prólogo”, para efectos prácticos lo es. En él, el autor del libro le habla directamente al Lector (personaje de la ficción), o al lector (la persona real que está leyendo la novela), para describirle(s) lo que está(n) haciendo: es decir, empezar a leer el nuevo libro de Italo Calvino. Más adelante descubrimos que este texto también es el arranque de la ficción, de modo que constituye, al mismo tiempo, el prólogo y el primer capítulo del libro.

Pero de todos los que he leído, mi prólogo favorito es, sin duda, el que abre el *Quijote*. Es, de hecho, una parodia del concepto mismo de prólogo (y de epígrafe): en él, Cervantes se burla de la costumbre, extendida entre los escrito-

res de su época, de echar por delante toda clase de citas y latinajos para darle una apariencia erudita y refinada a sus obras. Es sorprendente que este prólogo casi nunca sea mencionado cuando se habla del *Quijote*, como si simplemente no existiera. Tal vez esto derive del viejo prejuicio contra las formas paródicas, consideradas por algunos como carentes de profundidad; o, tal vez, a más de uno le resulte incómodo un texto que pone en evidencia conductas hipócritas y pretenciosas que no están muy lejos de las de muchos escritores y críticos literarios de la actualidad, capaces de incluir hasta cinco epígrafes al inicio de cada capítulo (no vaya a parecer que no han leído a todos esos autores).

Cuatro siglos después de Cervantes, el prologuismo es un oficio plenamente establecido. Desconozco si habrá gente que viva de él, pero evidentemente sí hay autores cuya obra está constituida en buena medida por prólogos, que muchas veces parecen querer competir, al menos en extensión, con los textos a los que acompañan. Estos prólogos con afanes de protagonismo no son sino la expresión más clara de la secreta convicción de todo escritor del género: que su texto es indispensable para el libro que comenta y que ambos quedarán indisolublemente unidos por los siglos de los siglos. Los prólogos cortos, en cambio, suelen estar motivados por la premura y la flojera, y no por la modestia. Las formas breves aún están por ser exploradas. Existen numerosas antologías y páginas de internet dedicadas a lo que se ha dado en llamar *microficción*; pero, ¿dónde están los microprefacios? ¿Quién se aventará a escribir el equivalente para los prólogos de “El dinosaurio” de Augusto Monterroso? Es cierto que un prólogo de una o dos líneas podría ser confundido con un epígrafe; pero, a diferencia de éste, habría sido escrito con posterioridad al libro, lo cual permitiría exaltarlo (o aniquilarlo) en una sola frase, ahorrándole tiempo al prologuista y, sobre todo, al lector.

Si el prólogo, como forma literaria, realmente ha alcanzado la madurez indispensable para convertirse en un género con valor propio, entonces habría que dar el siguiente paso y romper con la obsoleta dependencia que lo ata a una obra previamente escrita. Quizás ha llegado el momento de invertir los términos y encargar libros para prólogos redactados de antemano: sólo así, contando con absoluta libertad para elegir el libro ideal sobre el cual hablar (aunque éste todavía no exista), el escritor de prólogos podrá alcanzar la cumbre de su arte. Por lo pronto, vaya una modesta contribución al futuro del género con el presente prólogo, al que algún día espero encontrarle un libro que le cuadre como es debido. ~